

# American Economic Review cumple cien años

Alfonso Carbajo\*

La *American Economic Review* (AER, en adelante) ha cumplido este año su primer siglo de existencia, disfrutando de excelente salud. Entre los centenares de revistas profesionales de Economía (pura o aplicada) generales o especializadas, se sitúa claramente, según todos los indicadores, entre las diez primeras (y según algunos, entre las cinco primeras). Aunque no es la única publicación periódica de la *American Economic Association* (AEA) —las otras son el *Journal of Economic Literature* (JEL), el *Journal of Economic Perspectives* (JEP) y, desde 2009, las cuatro revistas especializadas siguientes: *Applied Economics*, *Economic Policy*, *Macroeconomics* y *Microeconomics*—, la AER es, sin duda, la más representativa y la única que, hasta hace dos años, se había venido concentrando exclusivamente en la publicación de investigaciones originales (en JEL, como indica su nombre, aparecen dos tipos de artículos, o extensas visiones panorámicas de la literatura sobre un área económica determinada o reseñas de publicaciones económicas, además de información bibliográfica y de orden profesional; el JEP tiene una orientación más didáctica, el énfasis de los artículos es pedagógico y contiene secciones de ejercicios, sugerencias de lecturas y miscelánea).

Hasta este año, la AER ha tenido periodicidad trimestral, apareciendo los números en los meses de marzo, junio, septiembre y diciembre; con el mismo formato, se publica un número en mayo que contiene las presentaciones, seminarios, conferencias y sesiones de la reunión anual de la AEA (titulado por eso, *American Economic Review, Papers and Proceedings* (AERPP)), celebrada a fines del diciembre (o principios del enero) precedente, pero que no puede ser considerado, estrictamente, parte inte-

gral de la revista, aunque comparta su nombre. Y ello, porque las presentaciones que constituyen el contenido de los AERPP exhiben el aire espontáneo y provisional de las reuniones en que tuvieron lugar y no están sujetas a los controles editoriales rigurosos (críticas de evaluadores anónimos, informes de coeditores) a que están sometidos los originales que aspiran a ser publicados en los números ordinarios de la revista. Las tres mil páginas que suman los cuatro números dan salida, cada año, a menos de la décima parte de los originales recibidos de todo el mundo.

Desde sus orígenes a principios del siglo XX como una indefinida publicación gremial, la AER ha ganado a lo largo del tiempo en extensión y profundidad, adaptándose a la consolidación de la profesión de economista, reflejo a su vez de las transformaciones de la sociedad americana, y enfrentándose a la competencia de viejas y nuevas publicaciones de prestigio. Dada la importancia creciente de la investigación en la universidad americana, la presión sobre los académicos para publicar ha ido en aumento, y AER ha respondido a esa presión, sin rebajar la calidad (como lo evidencia el prestigio de los sucesivos editores y el del los ahora 35 coeditores), dedicando cada vez más espacio a la publicación de investigaciones originales. Esto se ha conseguido por dos vías: aumentando progresivamente el número de páginas por número y desprendiendo de la revista las reseñas, los artículos expositivos de la literatura y otras noticias; así se explica la aparición de JEL en 1969 y de JEP en 1987 (y, aunque en menor medida, la de las cuatro revistas sectoriales en 2009). Pero todas estas medidas han resultado insuficientes, y desde 2011, AER aparecerá seis veces al año (añadiendo a los meses tradicionales, los de febrero, abril, agosto y octubre) a fin de satisfacer las demandas crecientes de los autores, deseosos de publicar sus originales en las revistas económicas más prestigiosas.

\* Economista y Técnico Comercial del Estado.

En suma, AER cumple su centenario en pleno éxito, y la revista lo ha celebrado dedicando a la efemérides una sección en el número de febrero de este año, compuesta de las siguientes piezas: el informe de la comisión integrada por seis distinguidos economistas, presidida por Robert Solow, con el encargo de seleccionar los veinte mejores artículos publicados en la vida de la revista; un artículo encargado a Robert Margo para la ocasión<sup>1</sup>: *The Economic History of the American Economic Review: A Century's Explosion of Economic Research*; el primer artículo publicado al aparecer AER en 1911: *Some Unsettled Problems of Irrigation*, de Katharine Coman; y, para cerrar, tres artículos glosando, desde la perspectiva actual, la significación de la aportación de Coman, escritos por especialistas tan destacados de la economía del medio ambiente como la Nóbel Elinor Ostrom, Gary Libecap y Robert Stavins. Quede para más adelante el análisis de este momento celebratorio. Antes debemos dar un repaso a la historia porque la bonanza actual de la AER no estaba, en modo alguno, asegurada en el momento de su fundación. Tanto el nacimiento de la AEA como el de su revista principal estuvieron sometidos a cambios azarosos e imprevisibles.

## La ciencia económica en el siglo XIX en Estados Unidos y en Europa

En la segunda mitad del siglo XIX la Economía comenzaba a consolidarse en Europa como la investigación sistemática de los problemas de elección en un contexto de recursos escasos. La disciplina se formalizaba, a partir de los años setenta, con las grandes figuras del marginalismo. En Gran Bretaña, Jevons, Marshall, Wicksteed y Edgeworth desarrollaban la síntesis de Mill sobre una base rigurosa. En Francia, Walras ponía los fundamentos de la teoría del equilibrio general. En Austria, Menger, Wieser y Bohm-Bawerck ya hacían contribuciones decisivas a las teorías de la demanda y del capital. En Italia, el *Giornale degli Economisti*, fundado en 1875, difundía en el último cuarto de siglo los descubrimientos de los hacendistas italianos, precursores de la moderna teoría de la elección pública, con representantes como Pantaleoni, de Viti di Marco o Mazzola, así

<sup>1</sup> El artículo de Margo ha sido una fuente indispensable en la preparación de este artículo. También son muy valiosos los siguientes: A. Coats (1969) "The American Economic Association's Publications: An Historical Perspective", *JEL*, vol. 7, nº 1; A. Coats (1971) "The Role of Scholarly Journals in the History of Economics: An Essay", *JEL*, vol. 9, nº 1; y G. Stigler, S. Stigler y C. Friedland (1995) "The Journals of Economics", *JPE*, vol. 103, nº 2. Este último se publicó tras el fallecimiento de George Stigler, completando el análisis estadístico que forma la parte central del trabajo su hijo Stephan Stigler, que aparece como coautor.

como las exploraciones de economía matemática<sup>2</sup> de Pareto y Volterra. Salvo en Alemania, por toda Europa el estudio de la Economía estaba entrando en la modernidad.

Frente a esta ebullición intelectual, el panorama de Estados Unidos no podía ser más desolador. El estudio de la economía era concebido, en gran medida, como una disciplina auxiliar de la Filosofía Moral, impartida mayoritariamente por clérigos. La distinción entre proposiciones positivas y normativas distaba mucho de ser clara. Y muchos de los docentes sin formación teológica estaban educados en la ortodoxia de la Escuela Histórica Alemana. Si ahora, el sueño de todo estudiante europeo brillante es completar su formación económica en Harvard, Wharton o Stanford, en el siglo XIX la educación universitaria de todo americano aspirante a economista era considerada incompleta si no estaba rematada por una experiencia formativa en Halle o en Tubinga.

Algunos ejemplos sirven para ilustrar el clima intelectual de las universidades de Estados Unidos en el siglo XIX. Francis Walker, general en el ejército de la Unión, sin más distinciones que haber sido director de la Oficina del Censo y tener unos conocimientos superficiales del mundo de los negocios, llegaría a ser Presidente de MIT y de la American Economic Association (AEA). Hasta 1868, el reverendo McVickar ocupó en la Universidad de Columbia la única cátedra de Economía existente en Estados Unidos, la cátedra de Filosofía Moral y Economía Política. La primera cátedra de economía política (independiente de Filosofía Moral) en Estados Unidos, se creó en Harvard en 1871, y su Presidente eligió para ocuparla a Charles Dunbar, hasta entonces director del periódico *Boston Daily Advertiser*, por considerarlo un partidario moderado de la libertad de comercio y, a la vez, experto en el mundo de las finanzas. Compárense los méritos, estimados o supuestos, del beneficiario de la generosa invitación del Presidente Eliot, con los que ahora exigiría la misma Universidad a los calificados aspirantes a una posición de segunda fila en el departa-

<sup>2</sup> El espíritu innovador de la revista italiana continuó entrado el siglo XX. Es sabido que la ecuación fundamental de la teoría del valor está rigurosamente derivada en el artículo de Eugene Slutsky (1915) "Sulla teoria del bilancio del consumatore", *Giornale degli Economisti*, vol. 51, julio. Este trabajo fundamental de un oscuro profesor de la Escuela de Comercio de Kiev, publicado en plena guerra, permaneció ignorado hasta 1936 en que Hicks redescubrió independientemente los fundamentos de la teoría de la demanda del consumidor. En su obra capital, Hicks reconoció la originalidad del investigador soviético, afirmando "este capítulo constituye una exploración del territorio que descubrió Slutsky". Véase J R Hicks, *Value and Capital* (1938), Oxford University Press, pág. 19. Tras la conquista del poder por los leninistas, Slutsky perdió interés en la teoría económica burguesa, dedicándose a trabajar en el campo de la teoría de la probabilidad. En 1972, Hicks recibió el premio Nobel de Economía.

tamento de Economía o en la Escuela de Negocios para constatar el tremendo cambio que ha tenido lugar.

Pero más sorprendente aún, para el lector actual, fue la reacción de Dunbar a la oferta. Como hombre de principios, creyendo que su formación era incompleta, éste respondió que sólo aceptaría la cátedra con la condición de que se le permitiera incorporarse tras dos años de estudios en Alemania. Es difícil exagerar el magnetismo que las universidades alemanas ejercieron sobre los americanos estudiosos de aquella época. Esa influencia es evidente y directa en los que serían a su vuelta representantes de la escuela institucionalista, como Ely, Commons, Patten, James y Johnson. Pero la experiencia germánica fue no menos significativa entre los economistas ortodoxos. El hacendista Seligman, el teórico del comercio internacional, Taussig, considerado por Schumpeter uno de los mejores maestros de economía de todos los tiempos, y, el redescubridor del marginalismo, John Bates Clark, también se formaron en la disciplina de las universidades alemanas.

Esta atracción se mantuvo durante mucho tiempo. En 1911, apenas tres años antes del estallido de la Gran Guerra en que terminarían enfrentándose Estados Unidos y Alemania, se produce un hecho que parece un eco de la conversación que habían mantenido Dunbar y Eliot en Harvard cuarenta años antes. Tras una serie de debates internos, los directivos de la AEA han decidido lanzar lo que será la AER, la revista periódica de la Asociación, e invitan a Davis Dewey, antiguo Presidente de la AEA y antiguo director del *Journal of the American Statistical Association (JASA)*, a que se haga cargo de la nueva publicación. Dewey responde que su dominio de los idiomas es limitado y que sólo aceptará el puesto de director si la orientación de la revista es tal que sus conocimientos del francés y del alemán sean suficientes para el buen ejercicio de su función.

Una conversación de este tenor sería inconcebible hoy en día. El director en ciernes que adujera un escrúpulo semejante sería automáticamente considerado incapacitado para el puesto y borrado de la lista de candidatos. Los factores que explican un cambio tan radical en el panorama cultural son muchos y complejos, pero, con toda seguridad, la pesadilla del episodio hitleriano es uno de ellos.

## La creación de la American Economic Association (AEA)

Los comienzos de la AEA no pudieron ser más azarosos. A iniciativa de Richard Ely, Patten y Walker (y en oposición al Club de Economía Política que los economistas

ortodoxos habían fundado en Nueva York un año antes), con ocasión de las reuniones de la American Historical Association en septiembre de 1885 en Saratoga Springs (NY), un grupo de jóvenes economistas celebraron la sesión fundacional de lo que sería la AEA. Casi la mitad eran pastores protestantes o seculares imbuídos de un intenso celo apostólico, y todos ellos simpatizaban con el movimiento del evangelio social (*social gospel*) cuyo programa político más extremo consistía en condenar el *laissez-faire*, oponerse al trabajo de la mujer en la industria y poner barreras a la inmigración.

Como discípulo de la escuela histórica, Ely estaba más dominado por el fervor del cruzado que por la preocupación de objetividad del científico, y quería que la naciente asociación sirviera a la articulación de una causa más que a la cooperación entre los profesionales cultivadores de una disciplina. Su celo apostólico se pone de manifiesto en el primer párrafo del manifiesto que propuso a sus colegas: "Creemos que el Estado es un medio para la elevación intelectual y moral de los ciudadanos cuya actuación benevolente es una condición necesaria para el progreso. Si bien reconocemos la necesidad de la iniciativa individual en la esfera de la producción, sostenemos que la doctrina del *laissez-faire* es políticamente peligrosa y moralmente cuestionable."

Este extremismo excluyó de la Asociación a los partidarios de la escuela clásica y a los economistas ortodoxos y fue inquietando progresivamente a los miembros más moderados, de modo que Walker como Presidente y Ely como Secretario fueron suavizando paulatinamente su posición hasta que en 1892 las declaraciones más conflictivas se suprimieron enteramente. En ese año, Dunbar fue elegido Presidente, reflejando el triunfo de las ideas moderadas y la transformación de la AEA, de un movimiento de acción social en una asociación verdaderamente gremial, inclusiva de todos los profesionales de la economía, con independencia de su ideología<sup>3</sup>.

A partir de 1906, los presidentes (y otros directivos) tienen un mandato anual, y las reglas de gobierno de la AEA son esencialmente las actuales. La presidencia recae en un economista de prestigio que se encarga de seleccionar los temas de los seminarios, y los ponentes y comentaristas de cada presentación, y de la preparación de los textos para los *papers and proceedings* (AEPPA). De este

<sup>3</sup> Sobre los enfrentamientos de escuelas en el período de formación de la AEA, la autoridad, una vez más, es A. Coats (1960), "The First Two Decades of the American Economic Association", *AER*, vol. 50, nº 4. También muy interesante es E. Mason (1982), "The Harvard Department of Economics from the Beginning to World War II", *QJE*, vol. 97, nº 3.

modo, el contenido y el estilo de los AEPPA varían mucho de un año a otro, según las preferencias y la orientación de cada presidente. El AEPPA de la presidencia de Leontief está relativamente concentrado en aplicaciones de técnicas *input-output*, mientras que en el correspondiente a la de Schelling hay muchas sesiones sobre problemas de estrategia y en el de Galbraith aparecen notas sobre explotación, economía radical y tecnoestructura.

Pero el poder discrecional de los presidentes termina ahí, en lo que va en los AEPPA. El contenido de las revistas depende del respectivo director y del consejo editorial, fuera de las injerencias del presidente de turno, lo que garantiza la calidad de la publicación.

## **Evolución de la *American Economic Review***

En la frágil etapa inicial, la AEA comenzó a publicar unas *Publications of the American Economic Association*, de periodicidad y contenido cambiantes, desde comentarios de disposiciones oficiales a tesis doctorales, a monografías de mérito (el gran Irving Fisher escribió cinco para la colección). Para colocar las publicaciones entre el público profesional había que asegurar un mínimo de calidad uniforme y era necesario enfrentarse a la competencia del *Quarterly Journal of Economics (QJE)*, publicado desde 1887 por el departamento de economía de Harvard y, desde 1892, a la del *Journal of Political Economy (JPE)*, de la Universidad de Chicago. Desde Gran Bretaña, la Royal Economic Society había empezado en 1891 a publicar el *Economic Journal (EJ)*, bajo la dirección del gran Francis Edgeworth. Estas revistas eran una amenaza pero indicaban el camino a seguir, de modo que, tras un período de estudio y deliberación, la Asociación decidió lanzar en 1911 el primer número de la AER, nombrando director a Davis Dewey, que ocuparía el cargo hasta 1940.

Dewey, mucho menos capaz que su famoso hermano, el filósofo y pedagogo John Dewey, era inseguro y “desconfiaba de los razonamientos abstractos” (una coartada para rechazar la más elemental demostración algebraica o geométrica), pero tuvo la precaución de buscar el consejo de los académicos más eminentes, con lo que la revista se fue asentando lentamente. Eran tiempos en los que las revistas se producían artesanalmente, y su calidad dependía de la pericia del artesano. En este sentido, Dewey tuvo la mala suerte de encontrarse frente a formidables competidores: Viner dirigiendo el JPE y Keynes dirigiendo el EJ (los mismos años que Dewey, de 1911 a 1941). Si se necesitase alguna prueba de las dotes sobrehumanas de Keynes, bastaría recordar que dirigió EJ sin ayuda alguna (salvo

un período en los veinte, en que Edgeworth desempeñó el puesto de secretario de edición), compaginándolo con funciones como la de asesor del Tesoro, negociador principal en la Conferencia de Versalles, tesorero del Trinity College y autor de, al menos, cinco *best-sellers*, entre otras actividades. En 1930 un grupo de economistas crea la Econometric Society, que empieza a publicar la revista *Econometrica*, publicación que, por su contenido altamente matemático, ocupa un nicho de mercado distante del que se disputan AER, QJE, JPE y EJ.

A Dewey le sucedió, de 1941 a 1951, Paul Homan, tristemente célebre por haber rechazado el famoso artículo de Stolper y Samuelson, “Protection and Real Wages”, y a éste, de 1952 a 1962, Bernard Haley, cuyo mandato coincide con una fase de extraordinaria expansión de la revista, debido al aumento continuado, desde la guerra, de estudiantes en las carreras de Económicas. Se aumenta el tamaño de la revista y se reduce el espacio dedicado a reseñas y artículos panorámicos, y desde 1969, bajo la dirección de George Borts (1969-1980), gracias al lanzamiento de JEL, la AER sólo contiene artículos o notas relativos a investigaciones originales.

En los años setenta, la AER se tiene que enfrentar a una nueva dimensión de la competencia en la industria de la comunicación científica: la entrada de las grandes empresas editoriales, como North Holland, Elsevier, Wiley, Rand McNally o Routledge, en la producción y distribución de revistas técnicas especializadas. Aparecen así, el *Journal of International Economics*, *Journal of Public Economics*, *Journal of Monetary Economics*, *Journal of Financial Economics* y otras muchas. AER responde reforzando su condición de publicación generalista.

En el siglo XXI, los directores han sido Bernanke (2001-2004), Moffitt (2004-2010) y la actual, Pinelopi Goldberg, desde 2011. Desde el año pasado, las cuatro revistas especializadas de la AEA cumplen la función de atacar a los rivales comerciales de la AEA en su propio terreno.

## **La celebración del centenario**

El artículo de Arrow, Bernheim, Feldstein, McFadden, Poterba y Solow explica las consideraciones que les han llevado a seleccionar los veinte mejores artículos publicados en toda la historia de la AER, así como una breve justificación de la importancia de cada uno de ellos. Curiosamente, la prudencia les ha impulsado a no incluir ningún artículo posterior a 1980. La mayoría de los incluidos, como el de Hayek de 1945, el de Alchian y Demsetz sobre la producción y la organización en la empresa (el más citado de

todos los publicados en AER), los de Diamond y Mirrlees o el de Dixit y Stiglitz, son incuestionables. El de Cobb y Douglas, cuando la función de su nombre la había inventado Wicksell unas décadas antes, lo es menos<sup>4</sup>.

El artículo de Margo es un buen trabajo sobre el proceso de adaptación de la AER a las necesidades y potencialidades de sus miembros.

Por último, Ostrom, Libecab y Stavins, en sus respectivas contribuciones, subrayan el interés permanente del primer artículo aparecido en AER, escrito medio siglo antes de que Mancur Olson se preocupase de la lógica de la actuación colectiva, y el mérito incuestionable de su autora cuya obra no ha tenido el reconocimiento apropiada. La trage-

dia de Katharine Coman es la misma que la de tantas mujeres que, a pesar de realizar contribuciones de enorme valor a las ciencias o a las artes, permanecen en la oscuridad, eclipsadas por el reconocimiento social conferido a sus consortes. Hasta su muerte en 1915, vivió (en lo que en la Nueva Inglaterra de su tiempo se denominaba eufemísticamente un "Boston marriage") con Katharine Lee Bates, que adquirió celebridad nacional al escribir la letra de la canción patriótica "Oh America the Beautiful", dejando la figura de la economista en la sombra. La celebración del centenario de la AER en un año en el que la gestión de los recursos de libre acceso ha adquirido una dimensión verdaderamente global, actuará como estímulo para reivindicar el valor permanente de la obra de Coman entre las investigaciones sobre la economía del medio ambiente.

<sup>4</sup> El artículo de Cobb y Douglas se publicó en AER en 1928, veinte años después de la aparición del texto de Knut Wicksell (en sueco), cuya traducción al inglés sería publicada en 1934 bajo el título de **Lectures on Political Economy**. La edición sueca fue comentada tras su aparición por Wicksteed.